

Depredadores

Víctor Pliego

TOMAŽ PANDUR ha realizado una excelente versión teatral del film *La caída de los dioses*, que Visconti dirigió en 1969. El tema de las elites depredadoras tiene hoy la máxima actualidad, aunque el nazismo, que sigue más vivo de lo que parece, se ha convertido en una referencia pop antes iconográfica que ideológica. Advierto que, en esta ocasión, Pandur respeta un poco el texto y la narración, evitando caer en las provocaciones gratuitas que le hicieron famoso. Ha alcanzado la edad y la notoriedad necesarias para contener sus insurrecciones porno-deconstructivas, sirviendo mejor al arte teatral. La estética de la producción es, como siempre, impecable en todo lo que se refiere al diseño: espacio, iluminación, audiovisuales, mobiliario, vestuario...

Los elementos no son originales, pero Pandur tiene un magnífico instinto a la hora de escoger y ensamblar piezas a la moda, creando el ambiente opresivo que la obra requiere. Pero, además, todo se entiende bien y no aparecen en esta función ni los gritos ni el estruendo que recuerdo de otras. La equilibrada sonorización mitiga eficazmente las deficiencias vocales de un reparto con muchas caras televisivas, que se entrega y suda sus personajes. Pablo Riviero y Belén Rueda muestran su capacidad, mientras Emilio Gavira encarna a un inquietante lacayo.

La música está servida desde el piano por el maestro Ramón Grau, que subraya la acción con melodías y efectos sonoros. El espectáculo sale bien parado de la comparación con la maravillosa película. Las bajezas y miserias humanas se transforman en materia de reflexión artística, despertando emociones inquietantes.